

HORA SANTA 2020

Saludo del presidente: Invitación a la oración y En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Canon: *Tu fidelidad es grande, tu fidelidad incomparable es. Nadie como tú, bendito Dios. Grande es tu fidelidad.*

Lector1: Jesús fue con ellos a un huerto llamado Getsemaní, y dijo a los discípulos: «Quedaos aquí mientras voy más allá a orar». Se llevó consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo; y comenzó a sentir tristeza y angustia. Y les dijo: «Me muero de tristeza. Quedaos aquí y velad conmigo». Avanzó unos pasos más, cayó de bruces y se puso a orar así: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú». Volvió a los discípulos, los encontró dormidos y dijo a Pedro: «¿Conque no habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para que no caigáis en tentación. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil». De nuevo, por segunda vez, se fue a orar, diciendo: «Padre mío, si no es posible que este cáliz pase sin que yo lo beba, hágase tu voluntad». Volvió y los encontró dormidos, vencidos por el sueño. Los dejó y volvió a orar de nuevo, por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. (Mt26, 36-44)

Silencio moderado

Lector 2: Jesús está en Getsemaní por amor a nosotros. Estuvo ayer, y está hoy. Queremos estar con Él pero es Él el que está con nosotros, y por nosotros. Nos pide oración, y que le acompañemos porque sabe lo importante que es estar despiertos en este tiempo, tomando conciencia de la situación. Pero es Él el que nos acompaña, nos consuela, nos coge en brazos y reza por nosotros. Es El, el que, en nuestro Getsemaní, nos fortalece con su mano misericordiosa. Hace suya nuestra angustia, nuestro llanto, nuestra frustración y nuestro miedo. A Él unos ángeles le servían y le consolaban. A nosotros, el mismo Dios, por Amor, es el que pacifica nuestro interior. Se mete en nuestra barca y vive la tormenta con nosotros. Una vez más nuestra soberbia le hace sudar sangre con nosotros. Una vez más viene a cogernos de la mano y a dar firmeza al suelo que pisamos.

Canto: Tierra firme.

***Tierra firme, te siento en mis pies descalzos
luna llena, testigo de mi llanto amargo.
Esta noche reseca está mi alma y pienso
que este caliz no puedo consumirlo entero.***

*1.- Como arrecia este viento,
quiere empujarme a morir,
no seré como hoja seca
mi otoño será vivir.*

*2.- Siento que llega la hora,
mis labios deben callar,
sólo hablaré con mi cuerpo,
quien mire comprenderá.*

*3.- En esta noche de olivos,
desierto de soledad,
sólo una cosa te pido,
que se haga tu voluntad.*

Silencio moderado

Lector 1: Mientras, la barca se hallaba ya en medio del lago, batida por las olas, porque el viento era contrario. Hacia las tres de la madrugada se dirigió a ellos andando sobre el lago. Los discípulos, al verlo caminar sobre el lago, se asustaron y decían: «¡Es un fantasma!», y se pusieron a gritar llenos de miedo. Jesús les dijo: «Tranquilizaos. Soy yo, no tengáis miedo». Pedro le respondió: «Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas». Él dijo: «Ven». Pedro saltó de la barca y fue hacia Jesús andando sobre las aguas. Pero, al ver la fuerza del viento, se asustó y, como empezaba a hundirse, gritó: «¡Sálvame, Señor!». Jesús le tendió la mano, lo agarró y le dijo: «Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?». Cuando subieron a la barca, el viento se calmó. Y los que estaban en ella se postraron ante él, diciendo: «Verdaderamente tú eres el hijo de Dios». (Mt14, 24 – 33)

Silencio moderado

Lector 2: Estamos acobardados en la barca. De noche. Parece que la tormenta nos traga. No hay suelo. Sólo agua. Jesús pisa firme sobre las aguas. Nos quita el miedo. Nos invita a pisar también fuerte, fiados siempre en la fuerza de Dios. Es más que la tormenta. Es más que el coronavirus. Es más que tantas situaciones que parecen quitarnos el suelo que pisamos. Y nos tiende su mano y nos agarra si ve que nos hundimos. Oye nuestro grito. Y nos invita a no quedarnos arrinconados, a ser valientes en medio de nuestra debilidad. El valiente no es el que no tiene miedo, sino el que lo vence. Y Jesús nos da esa confianza para vencerlo. Nos guía y nos acompaña. Siempre está a nuestro lado. Su presencia es nuestra Roca.

Lector 2: Quédate con la pregunta que te impacte, no quieras responder a todo ¿Veó la tormenta o la niego? ¿A qué tengo miedo? ¿qué me paraliza? ¿cómo estoy afrontando la tormenta? ¿grito al Señor que me salve? ¿y qué quiero decir cuando grito que me salve? ¿qué pasos me pide el Señor que dé?

Silencio.

Canto: Salmo 23 “Mi Pastor Señor eres Tú”

***Mi pastor Señor eres Tú,
nada me podrá faltar
Mi pastor Señor eres Tú, sólo Tú Señor***

*Me conduces tras de Ti
por verdes praderas
hacia fuentes tranquilas, allí
donde reposo yo encontraré,
donde el agua es más pura*

*Si entre las tinieblas voy,
de un abismo oscuro,
nada malo yo temo porqué
Tú me sostienes, contigo hallaré
siempre un camino seguro*

*Ante mí la mesa que
Tú me has preparado:
Rebosante mi cáliz está
de ese néctar de felicidad
que por mí has derramado*

*Siempre me acompañarán
siendo mi alegría
tu amor, gracia y fidelidad
En tu morada yo habitaré
hasta el final de mis días*

Lector 1: «Me muero de tristeza. Quedaos aquí y velad conmigo». Avanzó unos pasos más, cayó de bruces y se puso a orar así: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú» (Mt.26, 38-39)

Lector 2: Jesús nos invita a la oración, personal y de intercesión de unos por otros. Él llama a los discípulos para que recen. Y Él reza por nosotros y nos cuida. Está en Getsemaní por fidelidad y amor a nosotros. Vamos a contemplar esta realidad y a dejarnos sorprender por ella. La vida es fugaz, se escapa y puede cambiar de un momento para otro de forma impensable... La línea de continuidad nos la da la voluntad de Dios, que siempre es la misma, que damos vida: estudiando, trabajando, jubilados, en guerra o en paz, en libertad o confinados en casa... Él está con nosotros como fuente de vida. Descubrir su presencia en la oración y el diálogo con Él y por los demás, fortalece los cimientos donde nos apoyamos.

Silencio moderado

Lector 2: Quédate con la pregunta que te impacte, no quieras responder a todas. ¿Qué me dice Jesús hoy? ¿Qué quiero contar a Jesús en esta hora Santa? ¿Cómo me siento? ¿Por quién he llorado estos días? ¿Por quién he sentido compasión? ¿qué tengo que agradecer al Señor en estos días? ¿Dónde he descubierto a Dios? Si no tengo nada que responder a lo anterior, me puedo plantear por qué ¿y qué dice Jesús a ese por qué?

Silencio

Canto: "Hay un corazón que mana"

*Hay un corazón que mana, que palpita en el Sagrario,
el corazón solitario, que se alimenta de amor.
Es un corazón paciente, es un corazón amigo,
el que habita en el olvido, el corazón de tu Dios.
Es un corazón que ama, un corazón que perdona,
que te conoce y que toma, de tu vida lo peor.
Que comenzó esta tarea una tarde en el Calvario,
y que ahora desde el Sagrario tan sólo quiere tu amor.*

***Decidle a todos que vengan a la fuente de la vida.
Que hay una historia escondida dentro de este corazón.
Decidles que hay esperanza, que todo tiene un sentido.
Que Jesucristo está vivo, decidles que existe Dios.***

*Es el corazón que llora en la casa de Betania.
El corazón que acompaña a los dos de Emaús.
Es el corazón que al joven rico amó con la mirada.
El que a Pedro perdonaba después de su negación.
Es el corazón en lucha del huerto de los Olivos,
que amando a sus enemigos hizo creer al ladrón.
Es el corazón que salva por su fe a quien se le acerca.
Que mostró su herida abierta al apóstol que dudó.*

Silencio.

Lector1:“Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros. Que como yo os he amado, así también os améis unos a otros. En esto reconocerán todos que sois mis discípulos, en que os amáis unos a otros” (Jn13, 34-35)

Silencio moderado

Lector 1:“Pero llegó un samaritano, que iba de viaje, y, al verlo, se compadeció de él; se acercó, le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino; lo montó en su cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente sacó unos dineros y se los dio al posadero, diciendo: Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré a la vuelta” (Lc.10,33-35)

Silencio Moderado

Lector 2: No caminamos solos, ni sólo con unos cuantos. El Señor quiere que nos cuidemos unos a otros. Todos somos necesarios y todos somos necesitados. La tentación es aislarse de los demás y dejarles solos con sus problemas; de desvivirme y preocuparme sólo de los míos. Me importa saber que cuando cierro la puerta por la noche están todos y están bien. Y lo demás... no me quita el sueño. Jesús nos invita a abrir el círculo, a amar a todos, a dolerme y alegrarme con todos. Todos tienen corazón, ilusiones, fatigas, miedos, proyectos... todos lloran y ríen, comen y anhelan... El amor de Dios nos cuida no sólo en el momento primero, sino que tiene una continuidad, un acompañamiento después. Porque la necesidad sigue. Y esa fidelidad... se hace pesada. Cuidar al hermano hace sólido el suelo que pisamos; evita que otros se hundan en la miseria, en la tristeza, en la soledad... Y es sello de credibilidad de nuestra fe.

Silencio moderado

Lector 2: ¿Quién me ha socorrido? ¿Soy agradecido? ¿A quién cuido? Echa un vistazo alrededor y descubre al que está herido y en el suelo ¿Qué me pide Dios que haga?

Silencio

Canto: Como el Padre me amó.

***Como el Padre me amó yo os he amado.
Permaneced en mi amor, permaneced en mi amor. (bis)***

*Si guardáis mis palabras y como hermanos os amáis,
compartiréis con alegría el don de la fraternidad.
Si os ponéis en camino sirviendo siempre a la verdad,
fruto daréis en abundancia; mi amor se manifestará.*

*No veréis amor tan grande como aquél que os mostré.
Yo doy la vida por vosotros, amad como yo os amé.
Si hacéis lo que os mando y os queréis de corazón,
compartiréis mi pleno gozo de amar como Él me amo.*

Invitación a la participación a modo de petición, acción de gracias o pequeña reflexión a través del Facebook los que están en sus casas.

Lector 2 va leyendo cada participación.

Cada dos participaciones cantamos: *Mi fuerza y mi poder es el Señor, Él es mi salvación*

Padre nuestro

Canto: Alma de Cristo Santifícame

Alma de Cristo, santifícame.

Cuerpo de Cristo, sálvame.

Sangre de Cristo, embriágame.

Agua del costado de Cristo, lávame.

Pasión de Cristo, confórtame.

¡Oh, buen Jesús!, óyeme.

Dentro de tus llagas, escóndeme.

No permitas que me aparte de Ti.

Del maligno enemigo, defiéndeme.

En la hora de mi muerte, llámame.

Y mándame ir a Ti.

Para que con tus santos te alabe.

Por los siglos de los siglos. Amén

Silencio

Lector 1: “Se terminó el vino y la Madre de Jesús dijo: “no tienen vino”. Jesús le contestó: “¿A ti y a mi qué, Mujer? Mi hora todavía no ha llegado”. Su Madre dijo a los sirvientes: “haced lo que Él os diga” (Jn2, 3-5)

Silencio moderado

Lector 2: La Madre de Jesús, nuestra Madre, está pendiente de nosotros y, en toda ocasión, aún sin pedírselo, presenta nuestra necesidad a Jesús. Sabe que siempre le hace caso, aunque no fuera todavía su hora, sabía que les iba a dar vino... ¿Me he quedado sin vino, sin alegría? ¿Qué me falta? ¿Qué le hace falta al mundo? ¿Qué fortaleza y qué consuelo necesito? La figura de María da una consistencia indestructible a nuestro suelo. Ella estuvo pendiente de los de Caná. Ella estuvo al pie de la Cruz dando consuelo y fortaleza a su hijo. Ella está al pie de nuestra cruz, en nuestra habitación de aislamiento, en nuestro llanto de tristeza e impotencia por quien ha muerto... pendiente siempre como Madre, protectora y defensora de sus hijos.

Canto: María mírame

María, mírame; María, mírame

Si Tú me miras, Él también me mirará

Madre mía, mírame; de la mano llévame

muy cerca de Él, que ahí me quiero quedar

María, cúbreme con tu manto

que tengo miedo, no sé rezar.

Que por tus ojos misericordiosos

tendré la fuerza, tendré la paz.

Madre, consuélame de mis penas

Es que no quiero ofenderle más.

Que por tus ojos misericordiosos

quiero ir al cielo y verlos ya.

Bendición final